

Jorge C. Muelle: Semblanza del hombre y del arqueólogo*

Duccio Bonavia

Estamos aquí reunidos para recordar a Jorge Clemente Muelle Rojas, quien fuera miembro de número de nuestra Corporación, a los cien años de su nacimiento. Tarea honrosa la que se me encomienda, pero al mismo tiempo difícil. Porque Muelle fue uno de esos hombres polifacéticos que abarcó tantos campos del saber, que encararlos a todos en un homenaje de esta naturaleza es tarea casi imposible y entra la duda si al dejar afuera alguno no se ha cometido una injusticia. Y soy consciente de que "... muchos testigos se equivocan de buena fe" como escribió Marc Bloch (1957:80) en su último libro.

Nuestro homenajeado nació en Lima el 23 de noviembre de 1903. Tenía tan solo 16 años cuando comenzó a estudiar arte en la Academia Concha. Pero es en 1921 cuando ingresa a la Escuela de Bellas Artes de Lima para estudiar pintura y escultura con Daniel Hernández y Piqueras Cotoí. Al terminar obtuvo su Diploma de Mérito. Pero su inquietud lo lleva a seguir estudios de Humanidades y en 1926 obtiene un Bachillerato en Letras en la Universidad Nacional de Trujillo. No satisfecho con eso, en 1927 ingresa a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y sigue cursos de filosofía con Mariano Iberico Rodríguez e Historia del Arte con Guillermo Salinas Cossío. Es allí donde se da cuenta de la estrecha relación que existe entre la Historia del Arte y la Arqueología.

Pero un año decisivo para su vida es sin duda el de 1928 cuando escucha las clases de Julio C. Tello. Tan es así que ese mismo año comienza a colaborar con el entonces Museo de Arqueología Peruana dirigido por aquél. Pero es interesante señalar que lo hace como dibujante. En efecto parece que Tello al darse cuenta de las habilidades de Muelle, prefirió marginarlo. Sin embargo, la entrada

* Discurso leído durante el acto de homenaje a la memoria de Jorge C. Muelle, el jueves 27 de noviembre de 2003.

al Museo marcó su vida, pues allí conoció a Eugenio Yacovleff, el políglota ruso que estudió en la Escuela de Agricultura de Moscú, donde se interesó en botánica y geología y que era el Jefe de la Sección Técnica de Antropología del Museo y era ocho años mayor que él. Entre otras investigaciones comienzan a trabajar juntos en Paracas. Su influencia sobre Muelle fue tan fuerte, que éste dejó la ciencia jurídica que había comenzado a seguir en San Marcos, para dedicarse por completo a la arqueología.

En 1930 con la caída de Leguía se producen cambios administrativos y Luis Valcárcel asume la dirección del Museo de Arqueología Peruana siendo Yacovleff nombrado Director de la Sección Técnica. Es además en ese año que Muelle queda expedito para optar el grado de Doctor en Filosofía. En 1931, bajo la dirección de Valcárcel, él y Yacovleff llevan a cabo trabajos importantes en Paracas. Muelle ya estaba en el Museo como arqueólogo. Al mismo tiempo es nombrado profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Lima.

En 1932 Muelle trabaja en Carhua y sigue con Yacovleff las investigaciones en Paracas, de las que el año siguiente publicarán juntos un artículo que se refiere al estudio de un fardo funerario y que, hasta la fecha, sigue siendo el mejor trabajo de esa naturaleza que se ha hecho. Ese año Muelle investiga en el valle del Chillón y dicta un curso de Historia del Arte y Estética en la Escuela de Artes y Oficios. En 1933 estudia las ruinas de Paramonga y en 1934 vuelve a Carhua. Al mismo tiempo dicta un curso de Arte Peruano en la Escuela de Artes y Oficios. En diciembre muere Yacovleff, a sólo 39 años de edad. Para Muelle ese fue un choque emocional muy fuerte. Su congoja se siente en las palabras que pronuncia en el entierro del amigo y cuando, muchos años después, en alguna oportunidad se tocó el punto conmigo aún se veía en él un profundo dolor. Yacovleff no había sido sólo el amigo fraterno, sino también el hombre que supo transmitirle el rigor de las ciencias naturales que es tan importante en la arqueología moderna. Es así que Muelle asume el cargo de Jefe de la Sección Técnica de Antropología del Museo Nacional.

En 1935 Muelle lleva a cabo investigaciones en Ancón y en 1936 conoce a Wendell C. Bennett que había venido al Perú para trabajar en la Costa Norte. Ese, además, fue uno de los años más importantes en la carrera profesional de Muelle, pues viaja a Alemania para estudiar con Max Uhle. No sólo sigue sus clases sino que logra amistar con el viejo profesor y eso dejará una huella muy profunda en su formación. Con él se familiarizó con los trabajos de Christian Jurgensen Thomsen, Heinrich Schlieman, Johan Joachim Winckelmann y Flinders Petrie que fueron los pioneros en la sistematización de la estratigrafía y la tipología y que Muelle, en uno de sus escritos, dirá que son el ABC de esta ciencia. Al mismo tiempo conoce a otros notables americanistas, sobre todo a Walter Lehman y Robert Lehman-Nitsche. En 1938 en el Club Humboldt hace

una brillante síntesis de la arqueología peruana, pero como ha escrito Gerdt Kutscher (1975), Muelle al mismo tiempo participa activamente en la vida intelectual berlinesa así como en su ambiente artístico. A fines de ese año viaja a París para colaborar con Valcárcel en una muestra que sobre el Perú se estaba preparando en la Exposición Mundial. Allí, además, aprovecha para ampliar sus conocimientos sobre el arte.

Es así que cuando en 1939 regresa a Lima se dedica mucho al arte, escribiendo sobre el tema en *La Prensa*, sin dejar sin embargo la arqueología. Es entonces que se realizó en Lima el XXVII Congreso Internacional de Americanistas y Muelle fue el Secretario de la Sección de Arqueología. En dicho congreso presenta dos trabajos, uno sobre Pachacámac y otro sobre las prestaciones de forma en el arte prehispánico. Para dicha reunión había venido Uhle, sería su última visita al Perú. El viejo maestro ya estaba en su senectud y planteaba conceptos e hipótesis que eran inaceptables para la ciencia del momento. Muelle me contó que hubo un acuerdo entre todos los peruanistas que asistían a dicho evento de dejar hablar a Uhle y no contradecirlo, en señal de respeto y admiración por el padre de la arqueología peruana. Uhle antes de irse quiso visitar Pachacámac, lugar donde había iniciado sus trabajos pioneros en nuestra tierra. Muelle, que estuvo presente, me relató la ira y desesperación de Uhle al ver el estado de abandono y destrucción de las ruinas y que con su bastón quiso golpear a Tello, considerándolo responsable de ese descuido. Si hoy Uhle visitara el lugar volvería a levantar su bastón, pero con mucha más ira.

En 1940 Muelle obtuvo una de las más preciadas y difíciles becas, la de John Simon Guggenheim Memorial Foundation, que le permitió pasar una temporada en la Universidad de Yale y otra en la Universidad de California en Berkeley, estudiando y enseñando a la vez. En Yale estuvo con Wendell Bennett y con Bronislaw Malinowski y en California con Alfred Kroeber. A juzgar por lo mucho que conversé con Muelle sobre esto, lo más provechoso del viaje fue la relación que él pudo establecer con Kroeber. Muelle consideraba, y sin duda con razón, que el profesor norteamericano era el más grande y probablemente el último antropólogo completo que se dio. Con él estudió y discutió mucho sobre el arte de los primitivos y la influencia que éste tuvo sobre el arte moderno, tema sobre el que había indagado en su estancia en París. Entre él y Kroeber se estableció una gran amistad, tan es así que cuando en 1942 éste vino al Perú para trabajar en la Costa Norte, Muelle lo acompañó y estuvieron investigando en Lambayeque. Y publicaron juntos un estudio ejemplar sobre la cerámica paiteada, tema que no ha sido retomado más por ningún arqueólogo.

Eran los años del segundo conflicto mundial y John Rowe, que estaba trabajando en el Cuzco, debía regresar a su tierra para cumplir con el servicio militar. Es así que entre principios de 1944 e inicios de 1945 Muelle lo reemplaza

en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cuzco, enseñando Etnografía y Folklore. En la segunda mitad de 1945 estudia la comunidad de Sicaya, en la Sierra Central, como parte de la Comisión Etnológica Peruana. El año 1946 es nombrado Jefe del Instituto de Estudios Etnológicos del Museo Nacional de Historia y Catedrático Interino de Etnología General y de Investigaciones Etnológicas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Entre 1946 y 1947 se desarrolló en el Perú un proyecto de investigación de antropología y geografía de gran envergadura, para estudiar la historia humana de un valle, el de Virú. Fue el famoso *Virú Valley Project*. Sus informes son esenciales para nuestra arqueología y algunos son aún hoy sus piedras fundamentales. Muelle formó parte de dicho proyecto.

1949 es el año en el que Muelle ve coronadas sus aspiraciones al recibir el grado de Doctor en Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En el mismo año y en el siguiente investiga en Lunahuaná con un proyecto de la Smithsonian Institution. Ese mismo año se desarrolló en la ciudad de Nueva York el XXIX Congreso Internacional de Americanistas. Muelle fue especialmente invitado por el Comité Organizador y luego por el Departamento de Estado de los Estados Unidos para visitar universidades y museos. En 1952 tuvo lugar la trigésima reunión del mismo Congreso en Cambridge. Muelle fue nombrado Vice-Presidente Honorario y luego, invitado por el British Council de Inglaterra, estuvo visitando museos e instituciones científicas.

En 1952 Muelle es nombrado Director de Arqueología e Historia del Ministerio de Educación y Profesor de Arqueología en el Departamento de Arquitectura de la Universidad Nacional de Ingeniería. Y entre 1953 y 1955 el Ministerio de Educación le encarga organizar la Dirección de Arqueología e Historia. Será difícil, si no imposible, reconstruir la obra de Muelle en dicha dependencia, pues los archivos han desaparecido y muy poco debe de quedar escrito. He sido testigo presencial de ese gran esfuerzo y de la importancia que los archivos tendrían hoy si se hubieran conservado. Una de las acciones que Muelle emprendió fue un catastro, a nivel nacional, de las ruinas prehispánicas de nuestro territorio con la ayuda de los maestros. He manejado esos archivos y ayudé en su organización y puedo decir que su contenido era invaluable. Fue la única vez que se pensó en un proyecto nacional de catastro arqueológico. Puedo dar fe también de la terca pelea de Muelle con los asesores legales del Ministerio para defender el patrimonio y para darle el justo significado a las leyes.

Es en 1955 que Muelle es nombrado titular en la cátedra de Etnología de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que retendrá hasta 1968. Al mismo tiempo era Profesor Principal de Arqueología

Peruana y Profesor de Arqueología de la recién creada Escuela de Estudios Especiales. Es además en el año 1955 que Muelle asumió la Dirección de Cultura, Arqueología e Historia del Ministerio de Educación.

1956 es otro de los años importantes en la vida de Muelle, pues asume la Dirección del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, cargo que retendrá por diecisiete años. Además en ese año será nombrado Secretario del Patronato Nacional de Arqueología, organización que dependía del Ministerio de Educación, pero con un status muy particular y que tenía como finalidad la protección del patrimonio arqueológico y el control de los trabajos de investigación. El Patronato no fue, qué duda cabe, una entidad perfecta pero los que hemos conocido su actuación y podemos compararlo con los organismos creados posteriormente para los mismos fines hasta la actual Comisión Técnica del Instituto Nacional de Cultura, podemos decir que no sólo fue mucho mejor que todos ellos, sino también mucho más eficiente.

En 1958 Muelle es miembro del Comité Organizador de la Exposición *Trésors du Pérou* que se realizó con gran éxito en París y en 1962 viaja a Bruselas para organizar una exposición en el Musée de Beaux Arts.

En 1963 inicia sus trabajos de investigación en las famosas cuevas de Toquepala que continuará en 1964 y cuyos trabajos luego encargará en 1967 a Roger Ravines, funcionario del Museo Nacional de Antropología, pero siempre bajo su dirección. En 1964 viaja a Japón aprovechando de la exposición que se realizó en Tokyo y en 1968 visita México, Egipto y Grecia.

En 1970 es nombrado Profesor Emérito de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en 1971 realiza un muy breve viaje a Berlín.

El año 1973 Muelle se vio obligado a renunciar al cargo de Director del Museo y al año siguiente, el 29 de setiembre de 1974, la parca se lo llevó mientras dormía.

En su vida nuestro homenajeado obtuvo muchas distinciones: cabe mencionar las Palmas Magisteriales en el grado de primera Clase y la Orden al Mérito por Servicios Distinguidos en el Grado de Comendador del Perú, las Palmas Académicas de Francia, Oficial de la Legión de Honor de Francia, Oficial del Mérito de la República Italiana, Comendador Grosse Verdienst Kreuz de Alemania, Oficial de la Orden de Leopoldo de Bélgica y la Medalla de las Artes y Letras de Francia.

Fue miembro de muchas instituciones científicas, cuya lista sería muy largo enumerar aquí. Cabe sólo recordar la Society of Applied Anthropology, American

Society of Ethnology, American Folklore Society, Foreign Fellow de la American Anthropological Association y en el Perú, además de haber sido Miembro de Número de nuestra Corporación, fue miembro de la Sociedad Peruana de Historia y del Instituto de Investigaciones Genealógicas.

Permítaseme ahora referirme a Muelle en términos personales, como alumno, colega y amigo. Pero quiero antes hacer una aclaración para evitar cualquier malentendido. No es mi intención recordar estas vivencias en provecho propio, sino como una forma de agradecimiento al maestro que supo transmitirme sus enseñanzas de una manera poco ortodoxa. Es decir, no lo hizo en las aulas sino fuera de ellas.

No recuerdo exactamente el año ni cómo conocí a Muelle. Debió de ser en 1954 o 1955 cuando comencé a frecuentar San Marcos como alumno de la Escuela de Estudios Especiales, es decir antes de haber sido alumno regular. Acudía a escuchar las clases de Luis Valcárcel y las de Muelle en los altos de la casona de San Marcos, donde estaba el Instituto de Etnología y Arqueología. Pero el que me empujó hacia Muelle en mis primeros años universitarios, dado mi creciente interés por la arqueología, fue José María Arguedas, con el que logré tener una profunda amistad. Esto ha quedado documentado en unas cartas que él me escribiera y que han sido publicadas recientemente (Arguedas, 2002). Muelle desde un principio me tuvo simpatía y en 1955 cuando estuvo en el Ministerio de Educación me llamó para que lo ayudara. Fue entonces cuando comencé a aprender dos asuntos fundamentales para todo funcionario del Estado: el manejo correcto de los trámites administrativos y el conocimiento de las bases legales para justificarlos. Esto fue para mí de vital importancia cuando tuve que asumir, años después, la Dirección Técnica del Patrimonio Monumental y Cultural del Instituto Nacional de Cultura en los tiempos difíciles del gobierno militar.

Pero uno de los momentos decisivos en mi vida fue el año 1955, cuando tuve que tomar la determinación de dejar la carrera de arquitectura que estaba siguiendo en la Universidad Nacional de Ingeniería para dedicarme a la arqueología. Fue una decisión difícil y pensé que Muelle me podría aconsejar y ayudar. Recuerdo que fui tímidamente a visitarlo en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología y le planteé mi problema. Permaneció pensativo y quedó grabada para siempre en mi memoria la frase con la que me contestó: "Jovencito, con la arqueología quizá logre usted un poco de gloria, pero nunca va a hacer dinero. Medítelo y si toma la decisión a favor de la arqueología, regrese". Al día siguiente le volví a tocar la puerta, pues la decisión estaba tomada. No sólo dejé la carrera de ingeniería, sino años después también la de derecho que seguía conjuntamente con la de arqueología. A partir de ese momento mi vida académica estuvo muy vinculada con la de Muelle, pues no sólo lo frecuentaba en la universidad y en el museo, sino que él comenzó a encargarme siempre más

tareas relacionadas con la investigación pero también con los aspectos administrativos. Durante todos los años que dictó los cursos de Arqueología que yo seguía y que se daban en el Museo de Arqueología de San Marcos, que en ese entonces estaba en la calle Zamudio, yo lo recogía muy temprano de su casa de Barranco con mi viejo jeep e íbamos juntos a clases. Tengo que confesar que esa tarea se convirtió para mí en una especie de necesidad, pues Muelle durante el trayecto en vez de conversar sobre cosas banales, comenzaba a desarrollar conmigo algunos de los temas que iba a tratar en clase, pero señalándome en cada caso qué libros o artículos debía leer para ampliar la información. Recuerdo que lo primero que hacía, al sentarme en el aula, era recordar los textos que él me había mencionado y los apuntaba para no olvidarme.

En 1957 frente al peligro de la urbanización en la zona del Rímac, Muelle comenzó una campaña de excavaciones al frente de la Huaca La Florida. Como él tenía que estar en el Museo y no podía controlar los trabajos, me encargó a mí esa tarea. Diariamente le rendía cuenta de los hallazgos y él me daba las instrucciones para seguir. Recuerdo que en 1958 se realizó la Semana del Instituto de Etnología y Arqueología y Muelle ofreció una conferencia. Habló sobre la función y la forma en arqueología. Como los alumnos nos dimos cuenta que el texto no estaba escrito y que Muelle iba a improvisar, lo grabamos. Luego tuvimos la difícil tarea con José Portugal y con mi esposa, con la que entonces ni siquiera estábamos de novios, de hacer la transcripción que fue publicada en la revista *Cuadernos del Centro de Estudiantes de Antropología* de la que era Director. Es un trabajo poco conocido, pero es sin ninguna duda no sólo uno de los mejores aportes de Muelle, sino probablemente lo mejor que en el medio se haya escrito sobre el tema.

En 1959 con Muelle y Ernesto Tabío hicimos un viaje de reconocimiento al valle de La Fortaleza y aprovechamos para visitar el sitio de El Teatino, cercano a las lomas de Lachay. Fue allí que Muelle me explicó la posición de Tello sobre el estilo homónimo y las ideas que Kroeber había vertido en su famoso libro *Peruvian Archaeology in 1942*, dejando insinuado que Tello estaba equivocado. Pero Muelle me explicó, además, que él había conversado con Kroeber sobre el tema y me transmitió las ideas del antropólogo norteamericano. El problema me impresionó tanto que luego lo convertí en el tema de mi tesis de Bachiller de la que Muelle fue el tutor. Recuerdo que ese mismo año visitó el Perú James Ford, uno de los arqueólogos que había trabajado en el proyecto del valle de Virú. Para nosotros los estudiantes era una de las grandes figuras que mirábamos con admiración y respeto. Ford quiso conocer los yacimientos arqueológicos de Ancón. Muelle lo llevó y me invitó a acompañarlos. Ese día en el campo, al escucharlos, recibí una lección increíble sobre los yacimientos arqueológicos de Ancón y de su gran importancia. Fue así que me enteré de los trabajos tipológicos de William Duncan Strong a base de las colecciones que hiciera Uhle

en Ancón y que después servirían de base para mi tesis. Ese año Muelle realizó trabajos en Ancón y lo acompañé muy a menudo y ese fue el año también cuando realicé allí mi primera excavación estratigráfica.

1959 fue un año de gran importancia para mi formación. Augusto Cardich acababa de descubrir los esqueletos de Lauricocha, en ese momento los más antiguos del Perú y entre los más viejos del continente. Consciente de que no siendo arqueólogo sus hallazgos podrían ser puestos en duda, había venido a Lima para solicitar que algunos especialistas lo acompañaran para atestiguar el descubrimiento. Aprovechando que se estaban reuniendo en San Marcos un grupo de conocidos arqueólogos norteamericanos, a sugerencia de Ramiro Matos y mía, Cardich se reunió con ellos y les expuso el hecho. Ninguno quiso acompañarlo. Después de la reunión mientras tomábamos un café cerca del Parque Universitario y Cardich estaba descorazonado, le propuse que si él estaba de acuerdo yo podría convencer a Muelle para viajar a Lauricocha. Él accedió. Conversé el día siguiente con el maestro y él, consciente de la importancia del hallazgo, aceptó la propuesta. Conjuntamente con Cardich viajamos entre el 10 y el 14 de octubre; esa fue la primera vez que crucé –no sin algún temor– los Andes a caballo. Ha sido una experiencia inolvidable, no sólo por el examen de los restos que hizo Muelle, sino por los comentarios que me hacía hasta muy entrada la noche, pues compartíamos el cuarto.

Desde hacía mucho tiempo Muelle me venía comentando sobre un proyecto que tenía con respecto a una institución que no dependiera directamente del Estado, aunque no estuviera desligada de él y que tuviera la libertad de conseguir donaciones con la finalidad de poder subvencionar a investigadores dedicados al estudio del pasado peruano. Es decir, Muelle se adelantó sobre la creación de las ONG. Había trabajado mucho sobre este proyecto y lo estuve ayudando y fue así que por Decreto Supremo el día 17 de diciembre de 1959 se creó el Centro Nacional de Prehistoria. Con este Centro Muelle estaba intentando darles a los arqueólogos la posibilidad de dedicarse exclusivamente al estudio y a la investigación de nuestro pasado. A partir de ese momento Muelle comenzó a trabajar en la organización del Centro, pero en 1964 la ambición personal y las intrigas que en nuestro medio corroen este tipo de iniciativas, permitieron que el financista francés Frédéric Engel, lograra que durante el gobierno de Fernando Belaunde se expidiera un Decreto Supremo por medio del cual la creación de Muelle cambiaba de nombre, convirtiéndose en el Centro de Investigaciones Prehistóricas con sede en la Universidad Nacional Agraria donde Engel era profesor. Al hacerse nombrar Secretario del mismo, él manejó el Centro sin ningún control. La desilusión de Muelle fue muy grande, recuerdo la tristeza con la que me lo contó una tarde en su casa, pero no era un proyecto de Muelle que había muerto, era la arqueología peruana que había perdido una oportunidad que hasta hoy no se ha recuperado.

De 1960 recuerdo dos hechos. El primero fue una visita que hicimos a Mina Perdida en el valle de Lurín, acompañando a Naotune Watanabe que había venido al Perú para ensayar un nuevo método de fechado a base de tierra quemada. Mientras Watanabe sacaba la muestra que necesitaba, Muelle aprovechó para hacerme ver la importancia del yacimiento y, sobre todo, mostrarme la forma en U que este tenía que sin duda lo relacionaba con Chavín de Huántar. En ese entonces aún no se conocían los antecedentes precerámicos de esta forma arquitectónica tan peculiar. Pero sobre todo Muelle insistió sobre la necesidad urgente de hacer un levantamiento topográfico ante el peligro inminente de destrucción de los dos brazos laterales del monumento por parte de los agricultores. Al año siguiente con la ayuda de Félix Caycho, uno de los mejores dibujantes que ha tenido la arqueología peruana, hicimos el levantamiento y utilicé el estudio para mi tesis doctoral.

El segundo hecho fue la muerte de Alfred Kroeber. Recuerdo que Muelle estuvo profundamente apenado y decidió que San Marcos debía rendirle un homenaje. Me sorprendí cuando Muelle me dijo que iba a hacer una semblanza del gran antropólogo norteamericano, pero a mí me tocaba ocuparme de su obra. Le contesté con toda sinceridad que eso hubiera sido un gran honor para mí, pero que era aún un estudiante y que nunca había dado una conferencia formal en público. Además no tenía los suficientes conocimientos para encarar la obra de un hombre tan importante. Muelle me tranquilizó y me dijo que me ayudaría. En efecto me dio la biografía de Kroeber que debía buscar y leer y, además, nos reunimos en muchas oportunidades en las que me hablaba de la personalidad del homenajeado y la importancia de ciertos detalles de sus obras. Cuando me encontré en la gran sala en la que se reunía el Consejo de la Facultad de Letras de San Marcos frente al público, formado en su gran mayoría por profesores, sentí un gran miedo y pensé que no podría estar a la altura de la situación. Esa fue mi primera conferencia. Encontré la calma cuando Muelle me felicitó y me pidió el manuscrito para que fuera publicado. En esa oportunidad pude conocer a fondo a Kroeber y desde entonces su fotografía está en mi oficina. Además, gracias a Muelle, pude conocer a John Rowe, discípulo de Kroeber, que me honró con su amistad y de quien también he aprendido mucho. Kroeber es uno de los pocos arqueólogos que supo crear escuela. La tradición andinista creada por Uhle a comienzos del siglo XX en el Museo Lowie de la Universidad de California en Berkeley, fue seguida por Kroeber, Rowe y sus alumnos. En el Perú Muelle y el que les habla formamos parte de esa tradición.

En 1961 tuve la oportunidad de organizar una exploración de la Costa Norte y de la provincia de Chachapoyas e invité a Muelle. El equipo estuvo formado por el maestro, un médico, un periodista italiano y el que habla. Durante dos meses estuvimos viajando y visitando sitios arqueológicos. Yo

compartía la carpa con Muelle y las largas conversaciones nocturnas eran el comentario y el epílogo de lo que habíamos visto y discutido durante el día. Hoy me pregunto por qué no grabé esas palabras. A pesar de su edad, Muelle soportaba las durezas del viaje en forma increíble. Cuando subimos a Cuélap, él a caballo y yo a pie —en ese entonces no había otro camino— se nos hizo tarde y tuvimos que pedirle hospitalidad a un indígena que vivía al pie del monumento. Allí pude darme cuenta de cuánta ayuda puede ser para un arqueólogo el manejo de las técnicas etnológicas para romper la barrera que separa a dos culturas. En poco tiempo Muelle había sabido ganarse la confianza del dueño de casa y a pesar de que hacía mucho frío, dormir esa noche en el suelo cubiertos con pellejos ha quedado como un recuerdo inolvidable.

Ese mismo año estaban trabajando en Ica John Rowe y Dorothy Menzel para terminar el estudio que con Lawrence Dawson estaban haciendo sobre la secuencia de la cerámica de Paracas, que aún hoy seguimos utilizando. Muelle nos había adelantado en clase lo que este grupo de la Universidad de California estaba haciendo, señalándonos su importancia. Ese mismo día me dijo que él había sido invitado por Rowe y Menzel a visitarlos en Ica y que si quería lo podía acompañar. Estuvimos en la casa de los colegas un fin de semana y Rowe aprovechó para mostrarnos varios sitios que estaba estudiando para entender el urbanismo prehispánico y que publicaría el año siguiente en el primer número de *Ñawpa Pacha*, revista por él fundada y que sería por muchos años la publicación más seria de arqueología peruana. Ese año volvimos a El Teatino, pero esta vez a pedido de Hans Horkheimer, quien quería en el sitio discutir con Muelle detalles de las tumbas muy particulares que hay allí y conmigo los problemas cronológicos del estilo homónimo que yo acababa de aclarar el año anterior con mi tesis de bachiller.

En 1962 se desató en Lima una fuerte polémica entre Juan Comas, que había venido como profesor visitante de la Universidad de San Marcos y Carlos de Zavala y Oyague. La controversia se desató cuando de Zavala y Oyague criticó en forma absurda y desmedida un artículo que Comas había publicado en *El Comercio* sobre “El día de la raza” asumiendo una posición hispanófila à outrance inaceptable. Creí necesario salir en defensa de Comas y escribí un artículo muy duro, pero estaba consciente que recién comenzaba mi carrera y si el escrito hubiera salido con algún despropósito en el diario más importante del medio, eso podría haberme hecho mucho daño. Por eso decidí que Muelle lo leyera aunque temía que siendo él tan medido, me lo censuraría. Lo hizo con gran atención y no sólo no lo modificó sino que me alentó a que lo mandara a la prensa. Salió publicado en *El Dominical de El Comercio* y desató nuevas polémicas.

En 1963 estuvo de paso por Lima Sol Tax que estaba por comenzar la edición de *Current Anthropology*, que se convertiría en una de las revistas más

importantes de la especialidad y que se sigue publicando aún. La meta de su viaje era la de visitar a las personas importantes de América Latina en el campo de la antropología con dos finalidades, la de preparar el ambiente a la nueva publicación pero al mismo tiempo para recibir consejos sobre su edición. En Lima la meta era conversar con Muelle y discutir con él el asunto. Una vez más tuve la suerte de participar de la reunión y allí me dí cuenta del aprecio que se le tenía en el extranjero y cuán importante se consideraba su opinión. Muelle quiso que Sol Tax conociera Lima y lo llevamos a visitar las principales iglesias de la ciudad. Haciendo un despliegue de conocimiento increíble de historia del arte, Muelle le explicaba a su colega la historia de cada una de ellas yéndose hasta los mínimos detalles en las características estilísticas de sus ornamentaciones, en la historia de cada uno de los cuadros que veíamos.

En 1964 dejé la Universidad Nacional de Huamanga donde estaba enseñando, para regresar a Lima como funcionario del Museo Nacional de Antropología y Arqueología de Lima. José María Arguedas, que desempeñaba entonces la dirección de la Casa de la Cultura, había decidido hacer cambios en los museos para revitalizarlos. Les había incrementado el presupuesto, había logrado que se sacara a aquellas personas que por alguna razón no cumplían bien sus funciones y me había propuesto que entrara a trabajar allí, a pesar de que el sueldo sería inferior al que yo tenía en la universidad ayacuchana. La meta de Arguedas era que al entrar yo en el Museo empujara mayormente a Muelle a efectuar cambios para modernizar la institución, pero que al mismo tiempo sirviera de amortiguador entre los tellistas reticentes al cambio y la Dirección. Arguedas había depositado su confianza en mí porque sabía de las buenas relaciones que tenía con Muelle y, además, porque como elemento joven no tenía resistencia de parte de los tellistas. Todo esto consta en las cartas del escritor que han sido publicadas. Naturalmente acepté el reto. Ya que por un lado me sentía comprometido con la obra de Arguedas y no podía defraudar esa amistad y por el otro era para mí un honor el poder trabajar directamente a la dependencia de uno de mis maestros más preciados. Y algo más, porque pensaba, con la ingenuidad de todo joven, que al ingresar al museo comenzaría una carrera a la que podría dedicar mi vida en la profesión que había escogido. Como se verá ese sueño terminó muy rápidamente y la obra que soñaron Arguedas y Muelle quedó trunca.

Es evidente que en el tiempo que estuve en el Museo no se logró hacer todos los cambios que se hubiera deseado, por varias razones que no es el caso de explicar aquí, pero fundamentalmente por el exiguo presupuesto que se nos asignaba. Mencionaré sólo dos cambios importantes que se efectuaron. En 1965 se modificó la cronología de las exposiciones en función de los últimos avances de la ciencia en ese momento. Y Muelle me encargó la creación de una nueva sala, para exhibir los objetos de oro que el Museo tenía en sus cajas fuertes y que no se podía mostrar al público por falta de un lugar adecuado. Entre estas

piezas estaban los *vilques*, es decir los vasos de oro de 22 quilates y el famoso *Tumi* de oro también con incrustaciones de sodalita procedente de Batán Grande en Lambayeque, que estaba guardado desde 1936. Logré el apoyo desinteresado de un arquitecto que hizo los planos y así se construyó una bóveda con todas las seguridades del caso, que se inauguró el 23 de junio de ese mismo año. Muelle escribió el texto para el catálogo.

En 1968 se me encargó la Sub-Dirección del Museo y en 1969, debido a un viaje de Muelle, fui nombrado en la misma cuando era Director de la Casa de la Cultura Fernando Silva Santisteban.

En 1972 fui llamado temporalmente a ocupar el cargo de Director Técnico de Conservación del Patrimonio Monumental y Cultural del Instituto Nacional de Cultura. Fue entonces cuando, por primera vez, tuve una fricción con el maestro. El primer problema que tuve que resolver al asumir el cargo, fue el de una exposición peruana que se iba a realizar en Tokyo. Kazuo Terada, encargado del Japón para organizar la muestra, había seleccionado según su criterio las piezas del Museo Nacional de Antropología y Arqueología que deberían viajar. Grande fue mi sorpresa al analizar los documentos, que no sólo se había escogido cinco mantos de Paracas, sino que se estaba incluyendo la Estela Raimondi. Una de las cosas que más recordaba de las enseñanzas de Muelle, era justamente el gran engaño legal que existe detrás de la figura del seguro de las piezas arqueológicas cuando viajan y de la necesidad de impedir que especímenes únicos salgan del país. Vi en ese momento que, dado el cargo que ocupaba, si hubiera tenido la propuesta formal de la Dirección del Museo de hacer una reglamentación sobre las exposiciones, eso fácilmente se podía convertir en Ley. Conversé con Muelle sobre el particular pero él trató de explicarme que ese no era el momento para hacer una gestión de esa naturaleza, dado que la idea de la exposición había sido bien acogida no sólo por la Dirección del Instituto Nacional de Cultura sino también por el Ministerio de Educación. A fin de cuentas quiso convencerme de que por estar bajo un gobierno de facto, al plantearse una propuesta como esa se pondrían en juego tanto su puesto como el mío. Me aconsejó incluso que no se vetara la salida de las piezas escogidas, pues ella estaba ya aprobada por el Instituto Nacional de Cultura. Admito hoy, con la distancia del tiempo, que me dejé llevar por la vehemencia y le dije a Muelle que me estaba decepcionando y que no se interpusiera en el trámite, porque por razones de principio iba a negar la salida al exterior de ciertas piezas. Sigo creyendo que actué bien, en lo único que me equivoqué fue en la forma en la que me dirigí a Muelle. La Estela Raimondi no salió, como no salieron la mayoría de los mantos de Paracas y algunos otros objetos de cerámica.

El año 1973 fue sin duda uno de los más duros y traumáticos en la vida de Muelle. Eran los tiempos del gobierno militar y Martha Hildebrandt había

asumido la Dirección del Instituto Nacional de Cultura. Las relaciones de la Dirección del Museo Nacional de Antropología y Arqueología con la Dirección de la Casa de la Cultura, de la que éste dependía en esos tiempos, eran tirantes dada la actitud autoritaria, irascible y a menudo descomedida de la Directora. Sobre el hecho que voy a narrar no puedo dar detalles y desafortunadamente no recuerdo la fecha exacta, pero fue a principios del año. Muelle me había encargado unos trámites en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y por eso esa mañana llegué tarde al Museo, cuando todo había concluido. Pero a mi arribo encontré un ambiente de tensión y de gran preocupación. El secretario me explicó que a primeras horas de la mañana había llegado Martha Hildebrandt para averiguar si se habían realizado algunos cambios que ella había exigido, pero que técnicamente era imposible realizar. Al darse cuenta que no se habían seguido sus directivas, ordenó que todo el personal del Museo se reuniera en el primer patio y allí, en presencia de todos, maltrató a Muelle de palabra en forma desconsiderada y desmedida. A la hora de mi llegada Muelle aún estaba encerrado en la Dirección y no me pareció oportuno molestarlo. Al día siguiente presentó la dimisión al cargo y tuve que asumir la Dirección interinamente. A la salida de Muelle, yendo contra la costumbre que se había institucionalizado en el Museo que un funcionario del mismo o que se hubiera desempeñado en alguna entidad pública afín asumiera la dirección, se nombró como director a Luis Guillermo Lumbreras, que no tenía ninguna carrera administrativa. Con ese nombramiento, un cargo que era técnico se convirtió en cargo de confianza, lo que se sigue haciendo hasta la fecha. Con esto se comenzó la quiebra de las normas institucionales en el Museo y considero que esta política establecida por Martha Hildebrandt es uno de los más grandes daños que se le han hecho a la Arqueología Peruana y de la que aún hoy estamos pagando las consecuencias. A raíz de este nombramiento irregular, para demostrar mi protesta, en mayo de ese mismo año presenté la renuncia al cargo.

Muelle se enteró de esto cuando estaba en la Dirección ordenando los papeles y sus cosas para dejar el Museo. Tuvimos una larga conversación. Me dijo que estaba sumamente preocupado, porque al irse él pensaba que yo habría asumido la Dirección y habría continuado la tarea de organizar el Museo que nos había encomendado Arguedas en 1964 y que procedía muy lenta dado el reducido presupuesto con el que se disponía. Manifestó, además, un gran temor ante el nombramiento de Lumbreras en el que él no confiaba y que además no tenía ninguna experiencia administrativa. El tiempo desafortunadamente le ha dado la razón. Con la entrada de la nueva dirección, comenzó la desorganización del Museo, se rompió para siempre la ética y el amor a las colecciones que había creado Tello y que se había mantenido gracias a los esfuerzos de Mejía Xesspe y Julio Espejo y que Muelle no sólo supo respetar, sino que siempre estimuló. Y comenzaron las rapacerías y las desapariciones. No sólo no quedó nunca aclarado qué pasó cuando se produjo el robo del mencionado *Tumi* de

la Sala del Oro del Museo y muchas piezas más, sino que nunca se sancionó a los responsables. Algunos de ellos siguen aún en cargos públicos importantes, yendo contra las normas de la administración pública.

La última vez que vi a Muelle en vida fue el 3 de julio de 1974, cuando tuve que dictar una conferencia sobre "El arte rupestre en el Perú" en Entre Nous y él fue a escucharme. Moriría tres meses después.

Si se analiza la bibliografía de Muelle, que consta de casi 200 títulos, hay un detalle que llama la atención; es decir que él no ha escrito ni un solo libro. Y de los artículos el 86% son de arqueología, el 35% de arte y el 7% de etnología y folklore, el resto son necrologías y comentarios de libros. Pero de los artículos que él escribió sobre arqueología sólo el 50% están publicados en revistas científicas.

En su último libro sobre Nasca, Silverman y Proulx (2002:129) han hecho ver claramente la importancia de los trabajos de Yacovleff y Muelle en Paracas, que además aclararon muchos aspectos de la cultura Nasca, al señalar las similitudes entre el estilo "semi-naturalista" de los tejidos de Paracas y la cerámica de Nasca. Pero al mismo tiempo mostraron sus diferencias, que permitieron aclarar sus relaciones genéticas. Yacovleff y Muelle demostraron el origen y la evolución de ciertos motivos de la alfarería de Nasca y cómo el arte de la cerámica de esta cultura influenció a los tejedores de Paracas Necrópolis y no viceversa como se creía.

Muelle fue un profundo conocedor de la teoría del estilo, y su definición de éste en once puntos, es sin duda única en la arqueología peruana. Nadie más ha trabajado de esta manera sobre el tema ni lo ha definido con tanta precisión. Además, su análisis de lo que es la función y la forma, es uno de los instrumentos teóricos muy importantes que Muelle nos ha dejado para el estudio de los materiales arqueológicos. Aunque es triste comprobar que estos trabajos ni siquiera son citados en nuestras aulas universitarias.

Siempre hablando sobre el arte de Paracas, el artículo que Muelle publicara en *Fanal* en 1954, es sin duda un escrito fundamental. Hay que resaltar que nadie antes que él llevó tan profundamente el análisis para tratar de entender si existía alguna relación entre el arte antiguo y el moderno. Permítaseme citar dos párrafos que sobre este punto me parecen fundamentales. Muelle escribió: "Se ha dicho que el arte del Antiguo Perú se anticipó a Picasso, Klee, Léger, Miró, etc. Habría que indicar aquí, a la inversa, que el arte moderno se ha inspirado conscientemente en los verdaderos primitivos. Con todo, es notable la similitud de muchas representaciones de Necrópolis con el arte vanguardista que Franz Roh calificó de mágico. En su *Manifeste du Surréalism*, André Breton

definió en 1924 como 'automatismo psíquico puro' un movimiento que hasta la citada fecha, y desde 1919, fue el furor de una Europa obsesa con las teorías psicoanalistas. La experiencia onírica se virtió en óleos fantásticos, y para excitar la alucinación se acudió a *grattages*, *frottages*, *collages* y otros artificios que por paraidolia crearon ambientes ultraterrenos. Muchos de aquellos cuadros son tesis de Rorschach. Es curiosísimo –concluyó Muelle– que en la construcción de su mundo mágico, el artista de la Necrópolis hubiese apelado a algunos recursos explotados ahora por el surrealismo. De éstos, el que llamaremos 'metamorfosis' es el más intrigante. El truco es muy conocido: lo usó Salvador Dalí como así algún pintor holandés del siglo XVII. Consiste en disponer y combinar imágenes para producir el efecto de una nueva forma, apreciable a cierta distancia o cuando se voltea la composición". (Muelle, 1954:30).

Muelle hizo pocos análisis iconográficos pero el más saltante ha sido sin duda el que nos ha dejado sobre la *chalchalcha*, la sonaja que llevaban colgada los guerreros mochicas y que es un ejemplo claro de un examen estilístico detallado y de la forma para llegar a una interpretación con márgenes de seguridad. Después de haber leído el estudio de Muelle y al examinar algunos trabajos de interpretación iconográfica que se han publicado posteriormente, nos damos cuenta cuán fácil es caer en el error e incluso en la invención fantasiosa si no se sigue una metodología de análisis muy rigurosa.

Todos estos estudios no se pudieron haber realizado si Muelle no hubiera tenido la fuerte influencia de la escuela alemana que él conoció a fondo. Sobre todo de Eduard Seler, de Arthur Baessler, Julius Lange, Alois Riegl, Wilhelm Worringer, Goeler von Ravensburg, Hans Tietze entre otros y que muchas veces Muelle citaba en las clases que nos daba, con frases completas en alemán, tan entusiasmado con el tema que se olvidaba que ninguno de sus alumnos entendía ese idioma.

Hay un hecho en este campo, sin embargo, que para mí es contradictorio. Aún hoy no logro explicarme cómo pudo un hombre como él, que conocía tan a fondo los estilos del arte prehispánico, haberse equivocado con el análisis de la Estela Raimondi y haber sugerido relaciones centroamericanas. Es de preguntarse si en esto Muelle –quizá inconscientemente– permitió que su ciencia se quedara a un lado y se dejó llevar por las ideas del Uhle senil de quien estuvo muy cerca.

Otro punto fuerte de Muelle fue la metodología y en este sentido es trascendental el estudio que hiciera con Eugene Hammell y Edward Lanning sobre el concepto de Horizonte, aún mal entendido por muchos arqueólogos. En este escrito hay un detalle muy importante. Cuando Rowe planteó este concepto –que es muy diferente al que con el mismo nombre emplearan Uhle o

Bennett—y lo introdujo en nuestra arqueología, todavía el Precerámico no había sido más que tímidamente descubierto. De modo que en sus escritos esta etapa del desarrollo de la cultura andina no aparece. El que lo añade fue sin duda Edward Lanning y éste es el único trabajo en el que esto es explicado.

Siempre en el campo metodológico, hay un detalle en un artículo en el que Muelle analiza la situación de la arqueología peruana después de Tello, que me parece significativo. Agudamente señala que uno de los grandes cambios que se produjeron después de Tello, es la colaboración interdisciplinaria. Esto que hoy podría parecer una verdad de Perogrullo, pues resulta ser lo indispensable para realizar arqueología científica, fue un paso que no fue fácil de dar y aún no es muy bien entendido por muchos colegas. Pues no basta asociarse con un especialista de una rama del saber diferente a la del arqueólogo, sino que hay que aprender parte de la teoría que maneja, el lenguaje que utiliza para poderle hacer preguntas muy concretas sobre los problemas que se quieren resolver y luego saber interpretar esos resultados e insertarlos dentro del informe arqueológico. Es interesante que este detalle ha pasado desapercibido y, por ejemplo, no es mencionado en el análisis de la arqueología peruana entre 1946 y 1980 que hicieran en 1982 Schaedel y Shimada.

Pero una de las características más marcadas de Muelle, fue sin duda su conocimiento de la tecnología. Era experto como pocos en textilería, de la que conocía hasta los detalles más mínimos, con toda la terminología compleja que ello conlleva. Debo confesar que nunca durante toda la enseñanza universitaria que recibí, se me enseñó esta materia. Cuando realicé mis primeras excavaciones en el yacimiento precerámico de Los Gavilanes en Huarmey, me encontré frente a la necesidad de analizar los tejidos que había hallado. Comenté con Muelle esta situación y, al darse cuenta de mi desconocimiento del tema, comenzó a citarme en la oficina de la Dirección del Museo y empezó a explicarme los fundamentos para el estudio de la tecnología textil, señalándome además los textos que debía consultar. Si bien no creo ser un experto en la materia, con Muelle aprendí lo básico para entender y poder describir las técnicas textiles prehispánicas, pero las fichas técnicas que aún utilizo en mis estudios fueron las que elaboré a base de la enseñanza del maestro y que nunca he tenido la necesidad de modificar.

La investigación sobre las pinturas murales de Pachacámac es otro de los trabajos medulares de Muelle. Me refiero fundamentalmente al análisis técnico que hizo de ellas con la colaboración de Robert Wells y que fue el primero en su género, pues ellos analizaron los pigmentos. Muy pocos trabajos se han hecho después con un examen de esta naturaleza. Esa investigación me sirvió de inspiración cuando comencé a estudiar las pinturas murales prehispánicas.

Pero el mismo conocimiento lo tenía Muelle sobre la tecnología de otros materiales, como la metalurgia. Recuerdo aún sus largas disquisiciones en clase sobre la técnica de la cera perdida, en las que no se le escapaba el mínimo detalle. Pero desafortunadamente sobre todo esto Muelle no nos ha dejado casi nada escrito. Lo que sí ha quedado bien documentado, es su profundo conocimiento de la técnica alfarera. El *Muestrario de arte peruano precolombino. I: Cerámica*, que se publicó en 1938 sigue siendo hasta hoy lo mejor que se ha escrito sobre el tema. Es obvio que hay algunos aspectos que hay que mirarlos bajo la óptica del tiempo en el que el trabajo fue concebido. No me he cansado nunca de repetir que cuando se lee un trabajo de tiempos pasados no se debe adelantar juicios de valor sin antes haberse puesto a pensar con qué instrumentos teóricos contó el autor para hacerlo. En el *Muestrario* de Muelle hay incluso un pequeñísimo detalle que ha pasado desapercibido. Durante mucho tiempo hemos venido utilizando el término Mochica para definir la cultura del Período Intermedio Temprano de la Costa Norte y es recién a partir de la década de los años 60 del siglo pasado, que se convino que el término correcto es Moche que hoy se ha generalizado. Sin embargo en este trabajo Muelle ya emplea esta denominación.

En 1961 fue el septuagésimo aniversario del nacimiento de Pedro Bosch-Gimpera, uno de los más grandes prehistoriadores de todos los tiempos y en México se organizó un homenaje en forma de libro. Muelle participó con un escrito de tan solo cuatro páginas dedicadas a la "Tecnología del barro en el Perú precolombino". Es uno de los trabajos de Muelle que más he leído, pues hasta hoy no he visto ningún otro que lo haya sobrepasado en conocimiento. Y sólo haciéndolo nos damos cuenta cuán equivocadas son las definiciones que se dan sobre las tapias, no sólo en el habla común sino también en las aulas universitarias e incluso en textos técnicos.

No es este el momento, ni nos alcanzaría el tiempo, para seguir evaluando con detalle todos los campos del saber en los que incursionó Muelle y en los que dejó enseñanza. Pero no puedo dejar de recordar la detallada descripción que hizo de los restos hallados en una tumba que excavara en Nievería. Como tampoco puedo dejar de recordar el minucioso análisis de los espejos precolombinos, la acuciosa descripción de la cerámica paleteada, la clara descripción del estilo "chimú medio", el pionero y único estudio que se ha hecho de las puntas de pizarra.

Mención aparte, y por razones de conciencia, es la que debo hacer sobre el análisis que hiciera Muelle de las pinturas rupestres de Toquepala. Como es sabido, cuando Muelle realizó dicho estudio, lo hizo acompañado por Roger Ravines que trabajaba en el Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Ravines amplió las excavaciones de Muelle y con su análisis hizo la tesis para

graduarse de doctor en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Cuando en ese entonces leí los dos artículos de Muelle sobre el tema, después de haber revisado la tesis de Ravines y haber conversado con él sobre la materia, llegué a la conclusión que las ideas fundamentales eran de Ravines y que Muelle la había utilizado. Lo dije en una conferencia en la presencia de Muelle, el cual sin duda se sintió herido, pero con una gran compostura que demuestra su hidalguía, en vez de replicar como pudo haberlo hecho, simplemente se levantó y se retiró. Para preparar este discurso recordé ese momento desagradable y me puse a analizar fríamente los escritos de Muelle y de Ravines y además la forma de actuar de ambos. Debo confesar que me equivoqué y que en realidad el que tomó las ideas de Muelle fue Ravines. Y varios hechos similares del mismo lo confirman. He dicho siempre que todo arrepentimiento es tardío y no me puedo eximir de esto. Pero a pesar que pude haberlo pasado por alto y esto habría quedado en el olvido ya que nada quedó escrito, es un cargo de conciencia que tengo con el maestro y lo he querido dejar en claro públicamente.

Muelle no fue abogado, pero fue perito en derecho positivo. Lo he visto discutir asuntos legales con profesionales y no sólo estuvo siempre a la altura de la situación, sino que muchas veces los puso en aprieto. Y no utilizaba sólo sus conocimientos en el campo de su especialidad sino muchas veces también para dar lecciones de civismo que tanta falta hacen en el Perú. En una oportunidad Muelle escribió: "Una ley bien concebida debe ser perdurable. La expresión que solemos esgrimir cuando deseamos atacar alguna que ya tiene muchos años, no debe pasar de ser una frase. El Decálogo tiene vigencia, como la Carta de Juan Sin Tierra, como la primera Constitución de los Estados Unidos. Los *amendments* han de corregir las inoperancias, pero no derogan todo el cuerpo. En nuestro medio, se ha hecho práctica derogar códigos y conjuntos de leyes con el pretexto de corregir un inciso, una oración, hasta una palabra. La modificación frecuente de nuestra Constitución y nuestras leyes es la causa de la debilidad de la adhesión que les presta el ciudadano corriente". (Muelle, 1964:1). Cuánta verdad y cuánta sabiduría hay en esta frase, que debería ser analizada y recordada por aquellos que hoy están dedicados a cambiar —una vez más— nuestra Constitución. Me atrevería a decir que las palabras de Muelle deberían figurar en letras muy grandes en el Congreso de la República.

Muelle fue un acérrimo defensor del patrimonio cultural. Fue él quien nos hizo ver y nos enseñó el gran valor que tuvo la Ley 6634 que se adelantó a su época y que nunca debió ser derogada; hubiera bastado con modificar algunos de sus artículos. Toda la legislación posterior es deficiente y en algunos casos lo fue no por ignorancia de sus autores sino sólo para servir intereses de parte. Hoy vemos las consecuencias frente a la destrucción incontenible de nuestro patrimonio monumental. Cuando en 1962-1963 se quiso sustituir la legislación sobre el patrimonio monumental vigente por una Ley General de los

Monumentos y del Organismo Tutelar, Muelle hizo un escrito que desafortunadamente fue publicado sólo en forma mimeografiada y por eso tuvo circulación restringida, para hacer ver los errores que contenía el anteproyecto; aprovechando la circunstancia, además, para hacer ver cómo debería legislarse en defensa de nuestro patrimonio cultural. Esas páginas deberían ser leídas por aquellos que en el Congreso tienen la responsabilidad de legislar sobre este aspecto, pero también por los arqueólogos que ocupan cargos en el Instituto Nacional de Cultura, convertido hoy en un ente burocrático más.

Mientras estuvo en el Ministerio de Educación, Muelle se dio cuenta que cada arqueólogo cuando llevaba a cabo exploraciones a los sitios estudiados, les asignaba números o siglas arbitrarias. Esto llevaba a grandes confusiones. Por eso le encargó a John Rowe que elaborara un sistema que podría ser reemplazado a nivel nacional. Rowe cumplió con su cargo en 1954 y Muelle entregó a Jorge Basadre, entonces Ministro de Educación, un memorándum sobre el particular. Pero la salida de Muelle del Ministerio no permitió que el sistema se convirtiera en instrumento legal. Al entrar en el Museo recordé el esfuerzo de Muelle y pensé que se debería retomar el estudio del proyecto. Le hice ver que si bien el Sistema Rowe era válido para la costa y la sierra, dejaba un vacío para los territorios de la ceja de la selva y de la selva misma. Pero en ese momento Donald Lathrap había creado un sistema para aquellos territorios y se adaptaba perfectamente al sistema de Rowe. Con Muelle hicimos un proyecto que fue aprobado por el Patronato Nacional de Arqueología y entregado al Instituto Nacional de Cultura y con la ayuda de Fernando Silva Santisteban, entonces Director, en 1964 se promulgó la Resolución Suprema N° 1156 que no sólo legalizó el sistema, sino que lo hizo de uso obligatorio en el territorio nacional, y con la exigencia de entregar, a trabajo concluido, una lista de sitios a la Casa de la Cultura del Perú, hoy Instituto Nacional de Cultura. La Resolución nunca ha sido derogada y la gran mayoría de arqueólogos que trabajan con el permiso del Instituto Nacional de Cultura lo hacen en forma ilegal, pues no aplican el sistema. No contamos con un catastro general de sitios arqueológicos y la situación es caótica.

Durante el Gobierno Militar hubo la intención de construir un gran hotel en Machu Picchu. La batalla para evitarlo fue muy dura, pues el proyecto estaba sustentado por uno de los ministros del régimen. En mi calidad de Director Técnico de Conservación del Patrimonio Monumental y Cultural tuve que asumir la defensa de las ruinas. La batalla parecía perdida, pero tuve la suerte de haber podido lograr una reunión muy corta, a solas, con el General Velasco Alvarado y pude convencerlo de que el hotel no se hiciera. Cuando le conté a Muelle lo que se había logrado, le manifesté que esa podría haberse quedado como una victoria pírrica si no se la sustentaba con un mecanismo legal que tuviera proyección para el futuro: es decir, la necesidad de delimitar claramente

el área intangible de Machu Picchu. Le propuse que me ayudara formando parte de la Comisión que iba a sugerir. Aceptó. La Comisión que tuve el honor de presidir estuvo compuesta por Muelle, Manuel Chávez Ballón y Roger Ravines. En octubre de 1972 presentamos al gobierno los resultados de nuestro trabajo y quedó claramente delimitada el área intangible de las ruinas. Fue muy grande mi pesar cuando en 1998 se quiso construir el teleférico en la zona de las mencionadas ruinas y, a pesar de que publiqué un artículo en *El Dominical de El Comercio* recordando que existía el mecanismo legal para impedir tal proyecto, que desfiguraría no sólo el monumento sino también el paisaje, nadie hizo caso y el Instituto Nacional de Cultura no asumió la defensa del yacimiento como debió hacerlo. Hasta hoy se ignora el trabajo que hicimos.

Muelle entendía más que nadie la función de los museos que, como él mismo manifestara "... han sido siempre víctimas de las arbitrariedades burocráticas y de la corrupción e incompetencia de cierta clase de empleados que ni comprenden ni les interesa la misión de los museos". (Muelle, 1964:6-7). Él creía que los museos nacionales de la capital deberían estar dirigidos por los Curadores Principales de todos ellos –a Muelle el término de Director no le agradaba– y que uno se turnaría anualmente asumiendo el cargo de Curador Jefe. La experiencia en otros países demuestra que estaba en lo cierto. Desafortunadamente no fue escuchado. Pero al margen de esto, puedo testificar que bajo su dirección se mantuvo un control muy estricto de las colecciones, a pesar de que por la carencia de presupuesto no se pudo hacer un catálogo completo como se hubiera necesitado, ni se pudo construir todos los almacenes como se hubiera deseado. Pero bajo su gestión no se perdió ni una sola pieza, ni se cometió ningún tipo de irregularidades. Su honestidad ha sido intachable. Muelle, vuelvo a repetirlo, respetó la forma de trabajo llena de mística que había dejado Tello, que Toribio Mejía Xesspe y Julio Espejo mantuvieron en el personal y se conservó hasta el momento en que estuve en el Museo.

Una de las obras importantes de Muelle fue la creación de una publicación que él denominó *Arqueológicas* y que se comenzó a publicar en 1957 con autorización del Ministerio de Educación, por medio de la Resolución Ministerial N° 6766. Muelle discutió mucho este proyecto con Ernesto Tabío y conmigo cuando viajábamos a visitar sitios arqueológicos y en las noches hacíamos largas sobremesas. La idea de Muelle era la de crear bajo el nombre *Arqueológicas* una serie de publicaciones que con subtítulos diferentes reunieran monografías, informes técnicos, artículos, memorias y simples noticias sobre arqueología peruana. Y así lo manifestó en la Presentación del primer número. Las monografías fueron definidas con la letra numeral romana I, tan es así que los primeros dos números salieron con la numeración I-1 y I-2. Pero luego se llegó a la conclusión de que en el Perú mantener una serie de publicaciones muy grande hubiera sido utópico y Muelle decidió mantener sólo las monografías.

Siempre le preocupó mucho el hecho de que en el Perú se publicara poco o hubiera limitaciones para hacerlo. Y decía que más que artículos los arqueólogos, al terminar sus trabajos, deberían publicar monografías detalladas evitando que la información se perdiera. Pero la otra gran inquietud de Muelle fue la estrictez con la que se debía tratar el material a publicarse en *Arqueológicas*, y puso como norma que sólo los manuscritos de probada seriedad científica podrían ser aceptados. He sido testigo de excepción de cuantos escritos presentados a la Dirección para su publicación fueron rechazados.

Muelle fue el Director de *Arqueológicas* desde su inicio hasta el N° 14. Hoy la revista está en el N° 25. Con la sola excepción de los números 15 y 18 y hasta la edición del N° 23 se siguió la pauta de publicar monografías, con el N° 24 esta tradición se ha roto y hoy se publican artículos. Pero lo que se ha perdido definitivamente desde que Muelle dejó la Dirección, es la calidad. *Arqueológicas* ha dejado de ser el órgano que Muelle creó, que logró mantener por quince años, y que se había convertido en el medio de difusión más importante de la arqueología peruana.

Creo que no se puede terminar una semblanza de Jorge Muelle si no se hace referencia a su personalidad, pues sólo a través de ella es posible entender algunos aspectos de su vida. Muelle era un hombre muy tímido y esa timidez se convertía en un gran nerviosismo cuando tenía que encarar algún problema. Y eso se notaba en una actitud muy suya, la de esconder las manos debajo del escritorio y comenzar a rascarlas. Sus manos habían quedado muy resentidas desde que trabajó en las tumbas de Paracas y adquirió unos hongos que no pudieron ser eliminados nunca totalmente.

Pero además Muelle era muy miedoso, quizá por su dura experiencia en la niñez. Le costaba mucho enfrentarse a alguien. En todo el tiempo que lo conocí, una sola vez lo vi iracundo e incluso perdió la compostura y comenzó a gritar. Fue en un encuentro que tuvimos con Frédéric Engel en San Pablo, en las alturas de Cajamarca. Como era su costumbre, éste había dejado a su personal que excavara sin ningún control y Muelle le increpó que eso era huaquería y no arqueología. Pero en términos generales él prefería la prudencia e incluso aceptar presiones antes que enfrentarse. Quizá eso explica que pudo mantenerse en el cargo de Director del Museo Nacional de Antropología y Arqueología por diecisiete años, en un país como el nuestro.

Debo admitir que por mi manera de ser, si hubo algo que no acepté nunca y que me pareció negativo en Muelle, fue justamente su actitud temerosa. Eso que Arguedas (2002:165) en una de sus cartas definió como "incurable y enfermiza cobardía". Pero debo admitir que hoy, si bien no la puedo aceptar, la entiendo. Vivimos en una sociedad en la que decir la verdad es peligroso, en la

que es mejor mantener un perfil bajo y no sobresalir y en la que es difícil defender principios sin pagar duramente las consecuencias. Lo que reina en nuestro medio es la mediocridad. En las instituciones públicas no hay el menor respeto por la labor que se haya hecho antes, cada funcionario de turno quiere dejar "su" obra y no puede quedar huella de algo que en el pasado se hizo mejor. Muelle, que tenía una gran experiencia en este campo, probablemente quiso mantenerse en el puesto evitando hasta donde pudo, las confrontaciones que tuvo. Por tomar una actitud opuesta a la de Muelle, he pagado y sigo pagando duramente las consecuencias. En lo que a mi persona se refiere he aceptado este reto, pues para mí lo más importante es tener la conciencia tranquila. Pero lo que sí es doloroso y difícil de aceptar es el comprobar que en el ocaso de la vida, ciertas obras que fueron hechas con gran sacrificio y con la única meta de servir al país, han sido olvidadas, no son tomadas en cuenta o, lo que es peor, han sido destruidas. Las palabras de González Prada escritas hace 115 años siguen siendo actuales: "... llaman prudencia al miedo, a la confabulación de callarse, a la mentira sin palabras. Ciertamente, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más solitario que las cumbres, ni más luminoso". (González Prada, 1960:47).

Como profesor, Muelle tuvo dos facetas muy distintas. Uno fue el Muelle en las aulas y otro el Muelle fuera de ellas. El Muelle en las aulas ha sido muy bien descrito por Arguedas: "... incapaz de dictar no ya un curso sino una sola clase con un mínimo de orden... es desordenado..." (Arguedas, 1996:42). En efecto Muelle era sumamente desordenado, y como dominaba las materias que dictaba no las preparaba sino que improvisaba. Siempre sus inicios de las lecciones eran excelentes, pero en cuanto comenzaba a tocar un punto específico o alguien de sus alumnos le planteaba una pregunta concreta, comenzaba a explicar y se extendía tanto que ese solo punto le tomaba toda la clase. Recuerdo un día en que alguien le hizo una pregunta sobre el conocimiento que tenían los incas sobre los fenómenos celestes. Muelle comenzó a hablar de astronomía y durante hora y media estuvo disertando sobre el tema. De todos los cursos yo tenía resúmenes de lo expuesto, de las de Muelle sólo lograba tomar notas sueltas. Además sus disquisiciones eran tan amenas y eruditas que me olvidaba de tomar apuntes. Creo que justamente por haber sido tan desordenado, Muelle nunca escribió un libro, pues tuvo todas las otras cualidades para hacerlo.

Otra cosa era el Muelle en la intimidad, en el campo. Allí era el profesor verdadero. El hombre que con gran paciencia y con profundo conocimiento de causa sabía infundir su sabiduría a la persona que estaba con él. Y para cada tema tratado sabía sugerir la bibliografía que se debía leer. Con una memoria prodigiosa, recordaba frases completas de los autores citados. Muy a menudo

recurría al dibujo para explicar mejor las cosas. Cuando alguien demostraba demasiada ignorancia sobre un tema, sabía ser irónico, pero sin ser ofensivo. Pues Muelle era un hombre sumamente educado. Como ya lo he manifestado, creo haber aprendido muy poco de Muelle en las aulas universitarias, todo lo que él me enseñó fue en las largas conversaciones que tuvimos en su oficina del Museo, en las noches que compartimos en el campo o visitando ruinas, examinando excavaciones o perfiles dejados por huaqueros.

Y como dije, Muelle era tan desordenado que no sabía lo que había publicado. Al darme cuenta de ello comencé a recolectar su bibliografía y logré tener un fichero casi completo de su obra, al que él recurría cada vez que necesitaba citar algo en sus nuevos escritos.

Muelle fue un dibujante excelente, basta mirar las ilustraciones que nos ha dejado en algunos de sus artículos. Incluso la tapa y la contratapa de *Arqueológicas* fueron concebidas por él y se mantuvieron hasta el N° 14, es decir el último que salió bajo su dirección. A partir del N° 15 se varió el diseño, ni siquiera en eso se respetó la memoria de su fundador.

En lo que al idioma se refiere Muelle ha sido un gran perfeccionista. Antes de dar por terminado un trabajo lo revisaba una y mil veces. Sus escritos son idiomáticamente correctos, con un estilo fluido y elegante, bien estructurados y muy a menudo sugerentes.

Una de las tareas más graves de la Arqueología Peruana es que nadie hasta ahora ha emprendido la tarea de escribir su historia. Y buena parte de ella está perdida, pues no han quedado registros. Alguien dijo alguna vez que la influencia de la tradición ágrafa prehispánica sigue vigente entre nosotros. Y es en parte cierto. Muchas de las cosas que aprendí sobre Tello me han sido transmitidas por sus discípulos y por Muelle y no están en los libros. Además en nuestro medio existe la costumbre de crear falsos mitos que después de largas repeticiones se convierten en verdades, y ello distorsiona la realidad de los hechos, pues se recuerda lo que no se debe y se olvida lo que no se debería.

A hombres como Eugenio Yacovleff, Julio Espejo, Toribio Mejía Xesspe, Manuel Chávez Ballón, entre muchos otros, que han dedicado una vida a nuestra arqueología, nunca se les rindió un verdadero homenaje. Por eso cuando la Corporación me pidió que me encargara de este discurso, acepté, porque es una forma de dejar para la historia la huella que ha dejado Muelle. Una huella que no ha sido investigada y que no ha sido entendida. Richard Schaedel e Izumi Shimada en 1982 hicieron una revisión analítica de la arqueología peruana entre 1946 y 1980 y plantean la existencia de una "Fase Muelle-Fulbright (ca. 1958-68)" (Schaedel y Shimada, 1982) que es una verdad a medias. Llama la

atención que Schaedel, que conoció bien al Perú y a Muelle, haya firmado trabajo así que, supongo, ha sido elaborado por Shimada, que por su juventud no vivió aquellos tiempos y dado que la información existente es dispersa, él duda no tuvo acceso a ella y evidentemente no conversó con los protagonistas aún vivientes de esos tiempos. Estas son las cosas que se deben evitar.

Para terminar y para no dejarme llevar por los sentimientos, quiero recordar cómo juzgaron a Muelle tres de sus contemporáneos ilustres que lo conocieron muy de cerca. Raúl Porras (1954:96) escribió: "Jorge C. Muelle es duda en la actualidad una de las más altas autoridades arqueológicas peruanas". Porras estaba escribiendo en la década de los años 50 del siglo pasado. Argue (1996:66-67) poco tiempo después, lo describe en pocas palabras: "Muelle un hombre raro; vale tantísimo, pero es raro... es implacable en sus exigencias respecto a las personas... es un hombre superior". Mucho más explícito es George Kutscher (1975:308-309) que escribió después de su muerte: "En la claridad objetividad y honradez que se destacan en forma ejemplar en todos los trabajos de Muelle, se refleja la personalidad del desaparecido: su profundo y al mismo tiempo comedido amor por el Perú indígena. Los numerosos honores, distinciones y nombramientos como miembro honorario que obtuvo no solamente en su patria sino también en muchos otros países, no cambiaron su personalidad en lo más mínimo: desde el tiempo en que fuera estudiante irradiaba siempre la misma tranquilidad, equilibrio y armonía propias sólo de aquellos hombres verdaderamente serenos, centrados y a la par creativos. La figura de talla media y fornida hacía suponer a primera vista una resistencia y fuerza mayores de que Muelle hubiese querido exteriorizar. Las querellas tanto como las intrigas eran igualmente odiosas. Cauteloso e inclusivamente reservado en el contacto con cuantos le tocaba encontrarse, mantenía con aquellos a quienes consideraba como sus amigos una relación estrecha y entrañable a lo largo de los años. En medio del creciente bullicio y la inestabilidad interna de nuestro tiempo, Jorge C. Muelle ha seguido su camino, permaneciendo siempre sencillo e insobornable".

Sabemos que "Cineri sero gloria venit", es decir que "Es tardía la gloria que se tributa a las cenizas", pero la Corporación ha querido rendirle el homenaje a Jorge Muelle en señal que Ella no olvida y personalmente lo ha hecho como agradecimiento por todo lo que me dio.

Nota: Si se quiere revisar otras biografías del homenajeado, *vea* Ravines, Bonavia y Ávalos Matos [1974], V. [Valcárcel, 1978], Anónimo [1974], Kutscher [1975], Anónimo [2001]

Obras citadas

Anónimo

1974 "Dr. Jorge C. Muelle". *Arqueológicas*, 15:1-5.2001 "Jorge C. Muelle", Alberto Tauro, *Enciclopedia Ilustrada del Perú*, 11. Peisa. Lima, pp. 1743-1744.

ARGUEDAS, José María

1996 "Cartas de José María Arguedas a John V. Murra y a Lola Hoffmann", *Las Cartas de Arguedas* (Edición de John V. Murra y Mercedes López-Baralt). Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, pp. 19-239.2002 "Cartas de José María Arguedas a Duccio Bonavia", Carmen María Pinilla Cisneros, "Cartas del Archivo de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Donaciones recientes de Fernando de Szyszlo, Blanca Varela, Mario Vargas Llosa, Duccio Bonavia, Haydeé Castagnola y Germán Garrido Klinge", *Anthropologica*, XX (20): 161-171.

BLOCH, Marc

1957 *Introducción a la Historia*. Fondo de Cultura Económica. México.

GONZALEZ PRADA, Manuel

1960 *Páginas Libres*, Tomo I. Ediciones Páginas Libres. Lima.

KUTSCHER, Gerdt

1975 "Jorge C. Muelle (1903-1974)". *Indiana*, 3:302-315.

MUELLE, Jorge C.

1954 "El arte de Paracas" *Fanal*, VIII (40):26-32.

1964 Observaciones al Proyecto de Ley General de Monumentos de la Junta Deliberante Metropolitana. (p. 13; Mimeografiado).

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

1955 *Fuentes Históricas Peruanas*. Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva, editores. Lima.

RAVINES, Roger; BONAVIA, Duccio; ÁVALOS DE MATOS, Rosalía

1974 "Bibliografía de Jorge C. Muelle" *Revista del Museo Nacional*, XL:459-470.

SCHAEDEL, Richard P.; SHIMADA, Izumi

1982 Peruvian archaeology, 1946-80: an analytic overview", *World Archaeology*, 13 (3): 359-371.